Y cogió por la mano á don Joaquín, dirigiéndose al interior de las habitaciones.

En aquel momento se oyó una detonación sorda y ahogada en el fondo de la vivienda.

El anciano y la joven se pararon petrificados. Sus manos, que estaban unidas, se helaron súbitamente.

Antonia fué la primera en sacudir el estupor. Corrió al sitio donde se había oído la detonación. Halló la puerta cerrada; pero era vieja y sólo estaba asegurada con picaporte por la parte de adentro. La abrió con violencia, y entró. Estaba el cuarto lleno de humo y olía fuertemente á pólvora. Corrió al lecho, y vió á Rafael agitado por las últimas convulsiones de la agonía, boca arriba y con la cabeza sobre las almohadas. Su diestra convulsa, que se movía sobre el pecho, tenía asida una pistola todavía humeante. Por la parte superior del cráneo, manaba un mar de sangre negruzca y espesa.

V

Serían las diez de la mañana cuando don Joaquín, que había sufrido una serie de vértigos y accesos nerviosos, se

sintió con alguna fuerza para volver al cuarto de su hijo. No hubo fuerza capaz de estorbarle el paso. Quería verle por la última vez, quería darle su postrera despedida. Entró arrastrando los pies como un decrépito; había acabado de envejecer en unas cuantas horas.

El joven suicida yacía en su lecho, limpio, afeitado y lujosamente vestido. Piadosas manos le habían envuelto la cabeza con un vendaje negro, y le habían atado las manos, poniendo un crucifijo entre sus dedos crispados.

Don Joaquín cayó sobre el cadáver como cuerpo inerte.

—¡Hijo! ¡hijo mío! gritaba. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo fué eso? No tenías por qué. ¡Yo te quería tanto! Eras mi única esperanza. No puedo vivir sin tí. ¿Por qué has sido tan ingrato? ¿Por qué has desafiado á Dios? El te perdonará, sí, te perdonará. ¡Perdónalo, Dios mío!

Diciendo esto, echó una mirada en torno, como buscando la causa de la terrible determinación de Rafael, como interrogando á los muros, á los muebles, á todos aquellas cosas inanimadas, sobre los antecedentes de tan espantoso misterio; y sus ojos tropezaron con la carta que el joven había dejado sobre la papelera. Tomó el pliego y lo rompió.

Y á través del velo de sus lágrimas, leyó lo siguiente:

"Padre:

"He manchado tu nombre. Robé siete mil ochocientos cincuenta pesos de las cajas del almacén. Conozco mi delito, y me aplico la pena que merezco: por eso me mato. Perdóname.

RAFAEL."

Don Joaquín sintió el aguijón de la deshonra más fiero y punzante que el del dolor. Pareció que alguna mano misteriosa había tocado un oculto resorte de su organismo. Se irguió cuan alto era, cesó de temblar, se secaron sus lágrimas, y una expresión de severidad inusitada, casi de fiereza, contrajo sus marchitas facciones.

Y rechazando el auxilio y la solicitud de cuantos le rodeaban, entró en su cuarto, tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Cuando llegó al almacén de "Los Puertos Unidos," encontró el establecimiento en gran alarma y confusión. Acababa de saberse el suicidio de Rafael, y tanto los principales como los dependientes estaban hondamente consternados.

Gran sorpresa causó la presencia de don Joaquín, á quien se creía anonadado

por el golpe. Todos, al verle, le dieron testimonio de simpatía y de respeto, en tanto que él respondía con sequedad y brevemente á las frases que le iban dirigidas, y se dirigía en busca del gerente.

—Me tiene usted á sus órdenes, dijo este al introducirle en el despacho, creyendo que el anciano acudía en solicitud de algún auxilio. Fué un excelente empleado el hijo de usted. Reciba usted nuestro pésame más sentido. Estamos dispuestos á cumplir nuestro deber; disponga usted de nosotros.

—No es eso, señor, repuso don Joaquín. Hágame usted el favor de cerrar esa puerta; quiero hablar á solas con usted.

Hecho esto, y respondiendo á las miradas interrogadoras y atónitas del jefe, continuó don Joaquín:

—Mi hijo ha robado la caja.

—No, señor.

—Sí, señor, por eso se ha matado.

El gerente estupefacto, no hizo más que ver á don Joaquín con ojos alelados.

—Aquí tiene usted la prueba, prosiguió el anciano entregando á su interlocutor con mano trémula la carta de Rafael.

El gerente al pasar los ojos por ella, cambió de color y expresó en la contracción de sus facciones la lucha que la indignación, la piedad y la sorpresa se estaban librando en su ánimo.

—¡Nunca lo hubiera creído! exclamó.

—Menos yo, señor, repuso el anciano anonadado y limpiándose los ojos con el pañuelo.

—¿Me permite usted conservar esta carta? prosiguió el principal.

—No, señor, contestó don Joaquín.

—La necesito, prosiguió el jefe.

—¿Para qué?

—Para entregarla á la justicia. Debe hacerse una investigación.

—Precisamente á eso he venido, á evitar la publicidad, á evitar el escándalo. Quiero defender la honra de mi pobre hijo. Ayer he recibido seis mil pesos en el Banco. Aquí los tiene usted. Cubren la mayor parte del desfalco.

Y el anciano sacó de los bolsillos de su redingote, los seis mazos de billetes que no hacía veintecuarto horas le habían sido entregados. En ellos había puesto todas sus ilusiones, toda su esperanza. Al entregarlos se condenaba al trabajo inexorable, á la mendicidad tal vez, al hospital para cuando enfermase, á la fosa común para cuando muriese.

—Aun faltan mil ochocientos cincuenta, agregó, para saldar el crédito; pero soy empleado del Registro Civil y gano cincuenta pesos mensuales. Abonaré cuatrocientos ochenta anuales, hasta dejar solventada la deuda. Puede usted escribir el pagaré. Lo firmaré en el acto.

El gerente tomó maquinalmente los seis mazos y contó los billetes. Luego, irreflexivamente y siguiendo el curso de sus pensamientos íntimos, preguntó:

—¿De dónde dice usted que viene este dinero?

—Comprendo, señor, repuso don Joaquín. Duda usted de mí, y cavila cómo habré podido reunir esta suma. Acaso se imagina que es parte de los fondos substraídos; acaso halla también sospechosa mi probidad. Tiene usted razón; para todo eso da motivo la desgracia que me aflige. Es lo que más me duele...

Y al pronunciar estas palabras, el mísero anciano, agotada ya la tensión de su sistema nervioso, prorrumpió en llanto desbordado.

—Señor, continuó juntando las manos con estrépito y elevándolas arriba en señal de protesta; en mi casa ha habido siempre pobreza, humildad, pero nunca mala fe, nunca falta de respeto á lo ajeno. Es lo primero que se ve, es lo primero.... Por lo demás, puede usted mandar preguntar al Banco si es cierto que por orden judicial me entregó ayer esos seis mil pesos.... ¿No ve usted que si no fuera honrado, no vendría á traer ese dinero? ¿No ve usted que si no lo fuese, guardaría para mi esos fondos, aun cuando fuesen fruto de un delito? ¿No ve us-

ted que nadie me obliga á dar este paso, y que he dejado el cadáver de mi hijo, y he venido hasta aquí ahogando mi dolor y bebiéndome las lágrimas, sólo por salvar el nombre de Rafael?

El jefe, conmovido por aquellas palabras, por aquel gesto y por aquellos ademanes patéticos, indescriptibles, que retrataban el estado interior de un alma recta, sencilla y hondamente perturbada, se arrepintió de haber dudado, y penetrado de la sinceridad de su interlocutor, le dijo:

—No quise decir eso, señor, usted me ha entendido mal....

—De modo que ¿no duda usted de mí?

—De ningún modo, no se atormente usted con esas ideas. Negocio concluído.

Y se dispuso á guardar los billetes.

—Aun no he firmado el pagare, objetó don Joaquín.

—¿Cuál?

—El que he ofrecido para saldar la deuda.

El gerente había olvidado aquel detalle para él sin importancia, porque dadas las condiciones pecuniarias de don Joaquín, estimaba inútiles sus promesas de pago.

—No se necesita, repuso; basta con esto. Y señalaba los mazos.

—No, señor, insistió el anciano; permítame usted cumplir lo ofrecido. Abonaré

cuarenta pesos al mes, y en el término de cuatro años, habré acabado de pagar capital é intereses.

—¿Va usted á vivir con diez pesos mensuales?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Yo lo sabré. Es cosa que me incumbe.

—Permítame usted que no acepte. El almacén de "Los Puertos Unidos" es bastante poderoso para prescindir de menos de dos mil pesos sin desequilibrarse. Damos por perdonado ese pico.

Don Joaquín frunció el entrecejo y se puso rojo.

—No he venido á eso, dijo, ni acepto el perdón. Lo robado se restituye.

—¿Pero si nosotros renunciamos á nuestro derecho?

—Yo rechazo la generosidad como una ofensa; para quedar satisfecho y poder alzar la frente, necesito pagar.

—En ese caso, repuso el gerente convencido de la inutilidad de su insistencia, que sea como usted lo quiere.

—Pues hágame el favor de escribir el documento.

El gerente tomó la pluma y escribió.

—Ahora sí, exclamó el anciano al subscribir el pagaré y respirando con fuerza, ya podré decansar de esta pena. ¿Me asegura usted que no se sabrá nada?

—Sí, señor, se lo aseguro.

—¿Por la salvación de su alma?

—Por la salvación de mi alma.

—Dios se lo ha de pagar... Con permiso de usted, vuelvo con mi pobre Rafael, que me espera.

Y acompañado por el principal hasta la puerta del establecimiento, salió de allí el buen anciano más pobre que nunca, y ya sin esperanzas; pero satisfecho por haber salvado de la deshonra su nombre y el de su hijo.

El principal al despedirle, ordenó en voz alta á los dependientes:

—¡Vamos! ¡A entornar las puertas y á colgar de crespón la fachada del almacén! La casa ha sufrido una gran pérdida con la muerte de su cajero.

EGOISMO TRAGICO

A Rafael Delgado.

CAPILLA ALFONSINA